

**EL ARTE DE LEER: LECTURA PROVECHOSA, CREATIVA Y TRANSFORMADORA EN LAS
CARTAS A LUCILIO DE SÉNECA Y SU RECEPCIÓN EN MONTAIGNE Y NIETZSCHE¹**

THE ART OF READING: PROVECTIVE, CREATIVE, AND TRANSFORMING READING IN LETTERS TO
LUCILIO OF SENECA AND ITS RECEPTION IN MONTAIGNE AND NIETZSCHE

Francesc Casadesús Bordoy
Universitat de les Illes Balears
fran.casadesus@uib.es

Resumen: el presente artículo analiza la noción estoico formativa que Séneca otorga a la lectura y su recepción e influencia en Montaigne y en Nietzsche, particularmente el sentido que adquiere la lectura reflexiva y pausada en tanto instrumento útil a la conformación del pensamiento y del saber. Se reconoce a Séneca como un intelectual influyente en la modernidad y se destaca su influencia en la concepción de la lectura y la verdad en el círculo intelectual francés y alemán, específicamente en los autores señalados.

Abstract: This article analyzes the stoic formative notion that Seneca grants to reading and its reception and influence in Montaigne and Nietzsche, particularly the reflexive and leisurely reading as a useful instrument for the conformation of thought and knowledge. Seneca is recognized as an influential intellectual in modernity and highlights his influence on the conception of reading and truth in the French and German intellectual circle, specifically in the authors noted.

Palabras clave: Séneca, epistulae, Montaigne, Nietzsche, recepción clásica.

Keywords: Seneca, epistulae, Montaigne, Nietzsche, classical reception.

Cómo citar este artículo/Citation: Casadesús, Francesc 2019: «El arte de leer: lectura provechosa, creativa y transformadora en las cartas a Lucilio de Séneca y recepción en Montaigne y Nietzsche», *Grecorromana* I, pp. 56-76.

Recibido: 5/08/2019

Aceptado: 16/10/2019

¹ Financiado por: FEDER/Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades - Agencia Estatal de Investigación/ Proyecto: «Estudios sobre Platón y las religiones místicas», con la referencia FFI2017-88429-P.

1. *La lectura en Séneca*

Séneca, en sus cartas a Lucilio, fue reflexionando sobre las características que debe tener la lectura de los textos para que esta resulte provechosa para la formación del lector. De sus reflexiones se comprende pronto que Séneca concibió la lectura como una aproximación al pensamiento de los maestros que, a modo de guías, indican el camino a seguir, el de la filosofía más adecuada, la estoica. Sin embargo, no quiere decir esto, ni mucho menos, que las lecturas deban concentrarse en los filósofos más afines a ese modo de pensar, sino que el único requisito exigible es que deben contener siempre, procedan del autor que procedan, un saber que sea útil que contribuya a la conformación y consolidación del pensamiento estoico. Esto explica, por ejemplo, que Séneca, en la cartas a Lucilio, cite con cierta frecuencia sentencias de Epicuro, el líder de la escuela rival, en tono laudatorio, pues en general, satisfacen e, incluso encajan, con los presupuestos del estoicismo. Dado que en otra ocasión tuve la oportunidad de tratar esa cuestión con una cierta extensión², simplemente realizaré ahora unas consideraciones que pueden tener un cierto interés a la hora de abordar el tema que nos ocupa. En efecto, para mitigar la sorpresa que puede generar en Lucilio su recurso frecuente a recurrir a las citas de Epicuro, Séneca se anticipa al decirle:

Puede que me preguntes por qué recuerdo tan bellas sentencias de Epicuro más bien que de los nuestros: pero ¿qué motivo tienes para considerarlas propias de Epicuro y no de dominio público?³.

La idea básica que subyace bajo esta declaración es que un autor puede ofrecer pensamientos que superen el ámbito de su propia escuela filosófica o ideología y, por este motivo, puedan alcanzar la dimensión de saberes públicos y universales. Así lo explica Seneca al finalizar al carta 12:

«Epicuro lo ha dicho», me adviertes: «¿Qué tienes que ver tú con un extraño?». Todo cuanto es verdad me pertenece (*quod verum est, meum*

² Casadesús 1997, pp. 541-549.

³ Sen. *Ep.* 8. 8.

est); continuaré con mi empeño de inculcarte a Epicuro, a fin de que esos que juran con la fórmula del maestro y consideran no lo que se dice, sino quien lo dice, sepan que las mejores cosas son patrimonio común⁴.

Para Séneca, pues, se trata de extraer de las lecturas ideas, máximas y conceptos que, por su indiscutible certeza, obligan a aceptarlas como verdaderas y, por tanto, se convierten en un bien que conforman una especie de patrimonio de la humanidad. No debe ocultarse, sin embargo, que se trataba, en definitiva, de una elaborada estrategia que pretendía demostrar que el estoicismo era una filosofía que estaba por encima de las demás, precisamente por su carácter universal que hacía que compartiera muchos aspectos de su pensamiento con pensadores ajenos o, incluso, hostiles a ella. Es el caso del principio estoico del *vivere secundum naturam*, también propugnado por el epicureísmo, aunque por motivos muy distintos a los estoicos. Esta coincidencia lleva a afirmar a Séneca:

Todo cuanto está bien dicho por alguien me pertenece. Tal es también esta frase de Epicuro: «si vives conforme a la naturaleza, nunca serás pobre; si, conforme a la opinión, nunca serás rico»⁵.

Esta técnica de apropiación fue un rasgo característico de los primeros filósofos estoicos griegos, Zenón, Cleantes y muy particularmente Crisipo, que fueron muy proclives a la cita de determinados versos de los más renombrados poetas⁶ con el objetivo de demostrar que los fundamentos esenciales de su pensamiento ya se encontraban manifestados *in nuce* en ellos. Filodemo calificó esta técnica como *synoikesis*, es decir, «cohabitación», «adaptación» o «adecuación». A este *modus operandi* de los fundadores del estoicismo Cicerón lo denominó «acomodación», *acommodare*, y consistía básicamente en intentar de demostrar, mediante la

⁴ *Epist.* 12. 11.

⁵ *Sen. Ep.* 16. 7.

⁶ «Of all ancient philosophies Stoicism was the most favorably disposed toward poetry. The Stoics maintained that the great poets, such as Homer, were the first philosophers, they made extensive use of quotations from the poets in their philosophical arguments», De Lacy 1948, p. 241. Los títulos de diversas obras adjudicadas a Zenón, Cleantes y Crisipo confirman que el estudio e interpretación de la antigua poesía fue objeto de una atención preferente. Así, Según el testimonio de Diógenes Laercio, Zenón habría escrito unos *Problemas homéricos* (en cinco libros) y *Sobre la audición de la poesía*, D. L. VII. 4; Cleantes, *Sobre el poeta*, D. L. VII. 175 y Crisipo, *Sobre los poemas* y *De cómo hay que escuchar los poemas*, D. L. VII. 200.

cita de determinados textos que, los primeros grandes poetas, Orfeo, Museo, Homero y Hesíodo, habían sido unos estoicos *avant la lettre*⁷. En este contexto, no parece una casualidad que Séneca, de sus lecturas de los poetas, extrajese la misma conclusión que sus antecesores griegos al exclamar:

¡Cuán numerosos son los poetas que expresan lo que ha sido o ha de ser expuesto por los filósofos!⁸.

La poesía, en efecto, está llena de sentencias de gran atractivo que pueden recogerse como florecillas, *flosculos*, algo que para Séneca sucede muy particularmente con Epicuro, autor de máximas muy atractivas aunque escasas e inesperadas. Por este motivo, las sentencias de Epicuro pueden ser apropiadas sin temor por el estoicismo, porque, por su uinversalidad, «son patrimonio de todos y en particular de nuestra escuela»⁹. De hecho, la incorporación de estas máximas de la escuela rival es posible porque quien las absorbe es el estoicismo, una filosofía mucho más cerrada, coherente y sistemática que cualquier otra. Por este motivo, debido a la constitución compacta, granítica e íntegra de su pensamiento, no resulta fácil seleccionar frases llamativas de autores estoicos. Así se lo explica Séneca a Lucilio:

No hay motivo, por tanto, para que me exijas extractos y citas. En nuestros estoicos se encuentra de forma continuada lo que en otros autores hay que seleccionar. Así que no poseemos (sc. los estoicos) esas mercancías llamativas, ni engañamos al comprador que, una vez dentro de la tienda, no va encontrar objeto alguno distinto de las muestras colgadas en la puerta; al propio cliente le damos permiso para que tome su modelo de donde quiera. Suponte por un momento que queramos seleccionar del conjunto

⁷ Et haec quidem in primo libro de natura deorum, in secundo autem volt Orphei, Musaei, Hesiodi, Homerique fabellas accommodare ad ea, quae ipse primo libro de deis immortalibus dixerat, ut etiam veterrimi poetae, qui haec ne suspicati quidem sint, Stoici fuisse videantur, *SVF* II. 1078. Cf. *SVF* II. 907; *SVF* II. 906.

⁸ Sen. *Ep.* 8. 8.

⁹ Sen. *Ep.* 33. 2.

unas máximas ingeniosas: ¿a quién las asignaremos? ¿a Zenón, a Cleantes, a Crisipo, a Panecio o Posidonio?¹⁰.

De este modo, Séneca justifica sus lecturas de poetas y autores ajenos, incluso rivales como Epicuro, por la fortaleza de la filosofía estoica que le permite, por estar guarnecido en un fortificado e inexpugnable castillo, realizar breves incursiones por sus alrededores con la confianza de que todo lo hallado en esas salidas será acomodado a la vuelta entre las sólidas paredes de su escuela. De hecho, Séneca justificó sus lecturas de los textos de Epicuro de este modo: «Acostumbro a pasar al campamento enemigo no como tráfuga, sino como explorador»¹¹. El botín de esas exploraciones son el descubrimiento de algunas expresiones llamativas, útiles para reforzar determinados aspectos del pensamiento propio. Esta apropiación es, a su vez, posible porque ese pensamiento estoico está sólidamente constituido y preparado para absorber, en pequeñas dosis, las opiniones ajenas. Es más, si algunas sentencias de otros autores llaman la atención es porque son muy desiguales y, por este motivo, de tanto en tanto, contienen una máxima afortunada que destaca con luz propia entre la mediocridad expositiva imperante. Algo que no sucede en los autores estoicos, que presentan un estilo compacto y uniforme, un estilo adecuado a sus principios de integridad y coherencia en el que, en consonancia con sus principios, no hay altibajos expositivos. Para explicar esa homogeneidad de la filosofía estoica, Séneca recurre a un símil muy de su gusto:

No suscita la admiración un solo árbol allí donde toda la selva se levanta a la misma altura¹².

Para que la lectura fuera en este sentido provechosa, Séneca confiesa que «de los muchos pasajes que he leído, me apropio de alguno», *ex pluribus quae legi, aliquid adprehendo*¹³. Sin embargo, para llevar a cabo este “aprendizaje”, esta aprehensión senequiana de los textos, hay que proceder de manera muy selectiva. Para ello hay que concentrarse en unos pocos autores, grandes y reconocidos, antes que leer a muchos sin

¹⁰ Sen. *Ep.* 33. 3

¹¹ Sen. *Ep.* 2. 5.

¹² Sen. *Ep.* 33. 1.

¹³ Sen. *Ep.* 2. 5.

contrastar o zambullirse en toda clase de obras. Séneca es, de nuevo, consecuente con los principios estoicos que exigen coherencia, estabilidad y continuidad en el comportamiento moral. Con la misma aplicación y seriedad hay que leer a los autores que realmente importan, sin dejarse llevar en su lectura por la inconstancia, la dispersión y precipitación. De este modo, aconseja a Lucilio:

Pero evita esto: que la lectura de muchos autores y de toda clase de obras denote en ti una cierta vaguedad e inestabilidad (*illud autem vide, ne ista lectio auctorum multorum et omnis generis voluminum habeat aliquid vagum et instabile*). Es conveniente ocuparse y nutrirse (*innutriri*), si quieres obtener algo que permanezca firmemente en el alma. No está en ningún lugar quien está en todas partes (*Nusquam est qui ubique est*)¹⁴.

De este modo, Séneca anticipó el conocido consejo de Plinio el joven, «leer mucho, no muchas cosas», *Aiunt enim multum legendum esse, non multa*¹⁵. La finalidad de esta lectura concentrada es que permita la correcta y natural asimilación de lo leído de manera pausada y dosificada. De este modo, para que la lectura sea fructífera y provechosa, Séneca estableció un paralelismo con el proceso de alimentación de los alimentos llamada tener una extraordinaria acogida en muchos autores posteriores. En efecto, como sucede con los alimentos, la lectura, si es dispersa, inconstante, fluctuante o discontinua puede ser indigesta e, incluso, provocar rechazo:

«El cuerpo no aprovecha ni asimila el alimento que expulsa tan pronto como lo ingiere»¹⁶.

¹⁴ Sen. *Ep.* 2. 2.

¹⁵ No te vendría mal (sc. Fusco Salinátor), después de haber leído un pasaje, hasta haber retenido la materia y la línea argumental, que lo escribas como compitiendo con el autor, lo compares con lo leído, y sopeses cuidadosamente en qué puntos tu trabajo es mejor o peor que el suyo [...] Acuérdate de hacer una selección cuidadosa de los autores más representativos de cada género. Se dice, en efecto, que hay que leer mucho, pero no muchas cosas (*Aiunt enim multum legendum esse, non multa*) Plinio, *Epist.* 7. 9.

¹⁶ Sen. *Ep.* 2. 3.

Por este motivo, ante la posibilidad de que Lucilio opte por una lectura caprichosa y veleidosa le advierte de las consecuencias:

«Pero», argüirás, «es que ahora quiero ojear este libro, luego aquel otro». Es propio del estómago hastiado degustar muchos manjares, que cuando son variados y diversos, indigestan y no alimentan (*ubi varia sunt et diversa, inquinant et non alunt*)¹⁷.

Para Séneca lo importante es efectuar una lectura pausada y dosificada que permita incorporar la selección realizada de manera natural y asimilada para permitir que nutra y refuerce al cuerpo que lo recibe. De lo contrario, la lectura será inútil e incluso nociva. Para conseguir el máximo provecho, Séneca, como un nutricionista de la lectura, ruega a Lucilio que cumpla sus dos preceptos básicos, leer pocos libros de unos pocos autores contrastados:

Disipa la multitud de libros. Por ello, si no puedes leer cuantos tuvieses a mano, basta con tener cuantos puedas leer [...] Así, pues, lee siempre autores conocidos y, si en alguna ocasión te agradare recurrir a otros, vuelve luego a los primeros¹⁸.

Las lecturas elegidas de autores señeros deben marcar siempre el camino y ser un refugio constante al que volver cuando por curiosidad el lector se adentre en la lectura de otros libros. La lectura solo le resultará útil si puede incorporarse a sus conocimientos ya adquiridos y contribuye a reforzarlos. El lector estoico, seguro de sus principios, puede permitirse esas incursiones desde la atalaya de sus sólidas convicciones. Las lecturas que no puedan ser asimiladas, serán rechazadas por inútiles o, incluso, perjudiciales. Esto es así, porque el estoico tiene claro cuál es el camino que debe recorrer para alcanzar su destino. Por este motivo debe concentrarse en la lectura de unos pocos libros que sean, además, provechosos. En este sentido, a Lucilio, que se había quejado de la escasez de libros que tenía a su disposición en una estancia en Siracusa, Séneca le aconseja:

¹⁷ Sen. *Ep.* 2. 4.

¹⁸ Sen. *Ep.* 2. 3-4.

La penuria de libros que hay (sc. en Siracusa) motiva tus quejas. No importa cuál sea su número, sino la buena calidad de los que tienes. La lectura que no se dispersa, aprovecha; la variada, deleita (*Lectio certa prodest, varia delectat*). Quien pretende llegar al lugar de destino, debe seguir un mismo camino, no corretear por muchos; que esto no es andar sino extraviarse¹⁹.

Para Séneca, en definitiva, las lecturas que realizamos no solo deben formarnos moralmente, sino que también han de garantizar nuestra creatividad e independencia personal. Por este motivo, la erudición y el aprendizaje de memoria, sin la correspondiente asimilación y sin la puesta en práctica de los conocimientos que adquirimos, puede que contribuya a producir doctos, pero en ningún caso servirá para formar personas moralmente buenas, libres y autónomas. En palabras de Séneca:

Gastamos nuestra agudeza en disquisiciones superfluas (*in supervacuis subtilitas teritur*); estas no nos hacen buenos, sino doctos. La sabiduría es cosa accesible, mejor aún, más sencilla: basta con poca erudición para una mente sana, pero nosotros, como en las demás cosas, también en la filosofía nos dispersamos inútilmente. Igual que en todas las cosas, también en punto de erudición nos vemos aquejados de intemperancia: aprendemos no para la vida, sino para escuela, *non vitae sed scholae discimus*²⁰.

Las críticas palabras de Séneca evocan otras de un conocido fragmento de Heráclito, un autor muy querido por los filósofos estoicos, en el que el pensador de Éfeso denunció que la simple recolección de una múltiple variedad de conocimientos (*polymathye*) no garantiza la posesión de inteligencia (*noos*):

¹⁹ Sen. *Ep.* 45. 1. La fortaleza y virtud estoico consiste en la constancia y perseverancia orientada a un fin (el sumo bien) hacia el que hay que encaminarse sin dispersarse. Con los dos siguientes símiles Séneca formula la misma idea en la carta 71. 3: «Quien intenta disparar una flecha debe conocer su blanco, para luego dirigir y regular con la mano el disparo. Fallan nuestros planes porque no tienen una meta a la que dirigirse. Para el que ignora el puerto al que encaminarse, ningún viento le es propicio».

²⁰ Sen. *Ep.* 106. 12.

La mera erudición (*polymathia*) no enseña inteligencia (*noos*); pues se la hubiera enseñado a Hesíodo y a Pitágoras, y del mismo modo a Jenófanes y Hecateo²¹.

En la misma línea, Séneca rechazó toda enseñanza enfocada hacia la confección de una cultura intelectual, erudita, alejada del objetivo principal de la filosofía estoica: enseñar a vivir de la mejor manera posible en completa dedicación a la práctica del bien y la virtud. Por este motivo, las lecturas de los grandes autores aconsejada a Lucilio por Séneca deben ir mucho más allá que una simple compilación memorística. Al contrario, deben absorber el pensamiento de los demás, asimilarlo, para que contribuya a la conformación de una sabiduría propia, resultado de todo lo que se ha absorbido, transformado y, en última instancia, elaborado y creado a partir de esas selectas lecturas. El objetivo último es conseguir que el individuo alcance una autonomía propia a partir de la reeleboración de los conocimientos que ha adquirido mediante la lectura. Por este motivo, Séneca fue muy crítico con quienes son incapaces de volar solos y necesitan siempre la tutela protectora de los grandes autores en los que se refugian y de los que no logran independizarse:

Así pues, todos estos personajes, nunca creativos, siempre comentadores, agazapados al amparo del prestigio ajeno, no considero que tengan nobleza alguna de espíritu, puesto que nunca se han decidido a poner en práctica, siquiera una vez, lo que durante largo tiempo habían aprendido. Su memoria la han ejercitado sobre pensamientos de otros; pero no es lo mismo recordar que saber. Recordar supone conservar en la memoria la enseñanza aprendida; por el contrario, saber es hacer suya cualquier doctrina sin depender de un modelo, ni volver en toda ocasión la mirada al maestro²².

²¹ 22 B 40 DK. Traducción de Aguilera 2018.

²² Sen. *Ep.* 33. 8.

Para Séneca, en definitiva, el proceso de aprendizaje tiene como objetivo último que conformemos nuestro propio pensamiento, que seamos creativos y no nos perdamos en estériles citas eruditas, apoyándonos, sin ir más allá, en la autoridad indiscutida de los maestros. La verdadera sabiduría consiste en crear un saber que necesariamente debemos poner en práctica para vivir del modo más virtuoso posible. El propio Séneca explicó a Lucilio que este proceso de absorción, asimilación y transformación de las lecturas se produce de modo natural, mediante una comparación muy celebrada por la tradición con las abejas partir de una vívida imagen virgiliana:

Debemos, según dicen, imitar a las abejas que revolotean de aquí para allá y liban las flores idóneas para elaborar la miel: luego el botín conseguido lo ordenan y distribuyen por los panales, como afirma nuestro Virgilio: *amontonan mieles líquidas y colma los alvéolos con el dulce néctar*²³ [...]. Te recuerdo que también nosotros debemos imitar a las abejas y distinguir cuantas ideas acumulamos de diversas lecturas (pues se conservan mejor diferenciadas); luego, aplicando la atención y los recursos de nuestro ingenio, fundir en un sabor único aquellos diversos jugos [...] Los alimentos que tomamos, mientras mantienen su propia cualidad y compactos flotan en el estómago, son una carga. Mas cuando se ha producido su transformación, entonces justamente se convierten en fuerza y sangre. Procuremos otro tanto con los alimentos que nutren el espíritu; no permitamos que queden intactos cuantos hayamos ingerido para que no resulten extraños a nosotros. Asimilémoslos, pues de otra suerte irán al acervo de la memoria, no al de la inteligencia²⁴.

Séneca explica el sentido de su comparación del proceso de elaboración de la miel de las abejas con el de la creación de ideas propias a partir de la diversidad de lecturas:

²³ *Eneida* 1. 432-433. Cf. *Geórgicas* 4. 163-164.

²⁴ *Sen. Ep.* 84. 3-7.

También nosotros hemos de imitar a las abejas y distinguir cuantas ideas acumulamos de diversas lecturas (pues se conservan mejor diferenciadas); luego, aplicando la atención y los recursos de nuestro ingenio, fundir en sabor único aquellos diversos jugos, de suerte que aun cuando se muestre el modelo del que ha sido tomado, no obstante aparezca distinto de donde se ha tomado. Lo que vemos que la naturaleza hace en nuestro cuerpo sin ningún esfuerzo de nuestra parte²⁵.

De este modo, Séneca concluyó su concepción alimenticia y nutritiva de lectura. En efecto, la imagen de las melíferas abejas fue de gran utilidad para Séneca, pues le permitió ejemplificar, de manera natural y sencilla, su concepción de la lectura que con tanta insistencia quiso inculcar a Lucilio. Las lecturas deben ser seleccionadas, de pocos y reconocidos autores, de los que, a su vez, se deben elegir unos pocos pasajes y sentencias confeccionando así una especie de antología o florilegio, conceptos, por cierto, muy adecuados etimológicamente al símil de las abejas que revolotean libando de flor en flor para, a partir del polen acumulado, producir un producto nuevo de su propia cosecha, la miel. Este producto no se habría podido si las abejas lo hubieran acumulado como hormigas en montones, sin haberlo digerido, asimilado y transformado²⁶. El objetivo final de esta lectura creativa es la formación de individuos, independientes con criterio propio y creativos, solidamente establecidos en la *fortitudo* estoica, afianzada por la incorporación de esas provechosas y fructíferas lecturas.

²⁵ Sen. *Ep.* 84. 5.

²⁶ F. Bacon reutilizó la imagen transformadora de las abejas como la verdadera función de la filosofía frente a la acumulativa-empirista de las hormigas y la idealista-dogmática de las arañas: «Las ciencias han sido tratadas o por los empíricos o por los dogmáticos. Los empíricos, semejantes a las hormigas, sólo deben recoger y gastar; los racionalistas, semejantes a las arañas, forman telas que sacan de sí mismos; el procedimiento de la abeja ocupa el término medio entre los dos; la abeja recoge sus materiales en las flores de los jardines y los campos, pero los transforma y los destila por una virtud que le es propia. Ésta es la imagen del verdadero trabajo de la filosofía, que no se fía exclusivamente de las fuerzas de la humana inteligencia y ni siquiera hace de ella su principal apoyo; que no se contenta tampoco con depositar en la memoria, sin cambiarlos, los materiales recogidos en la historia natural y en las artes mecánicas, sino que los lleva hasta la inteligencia modificados y transformados. Por esto todo debe esperarse de una alianza íntima y sagrada de esas dos facultades experimental y racional, alianza que aún no se ha verificado», Francis Bacon, *Novum Organum* 95.

2. La recepción de los consejos sobre la lectura en Montaigne y Nietzsche

Las reflexiones de Séneca sobre la lectura han dejado una gran huella en pensadores y filósofos posteriores. Por cuestión de tiempo voy a centrarme en dos, Montaigne y Nietzsche, que suman a su condición de pensadores la de ser grandes escritores en sus respectivas lenguas, la francesa y la alemana. Como se verá, ambos compartieron con Séneca la misma concepción de la lectura lo que influyó de manera notable en su estilo. Así, Montaigne confesó en diversas ocasiones su afición a leer a Séneca, el cual, junto con Plutarco, fue, de los autores grecorromanos, el autor que más le influyó. Montaigne reconoce que «ambos autores (sc. Séneca y Plutarco) tienen una notable ventaja para mí forma de ser y es que el saber que en ellos busco está trazado por trozos deshilvanados que no exigen la obligación de un largo esfuerzo del que soy incapaz, como los *Opúsculos* de Plutarco y las *Epístulas* de Séneca, que constituyen la parte más hermosa y la más provechosa»²⁷. Es más, Montaigne reconoció que tomaba prestado de Plutarco y Séneca lo que le servía para realzar el tema que trataba para tratar de conseguir que «otros digan lo que yo puedo decir tan bien»²⁸. Admitió también que transplantaba sus ideas «a su solar» y que las «confundía con las suyas» como una estrategia para que quienes las criticasen se topasen con su verdadero autor, Plutarco o Séneca²⁹. De hecho, Plutarco, tal como se lee en su *Ensayo* 1. 26 dedicado a la educación de los hijos, justificó estas transposiciones con los mismos argumentos que, como acabamos de ver, había utilizado Séneca.

Así, en primer lugar apela a la idea formulada por Séneca de que la verdad es un patrimonio universal y no de quien la haya formulado por vez primera: «La verdad y la razón son patrimonio de cada uno y no pertenecen más a quien las ha dicho primero que a quien las dice después». Inmediatamente Montaigne ilustra el procedimiento de adquirir el conocimiento a la senequiana imagen de las melíferas abejas: «las abejas picotean en esta o aquella flor; mas después hacen con ello la miel que es de todas; ya no es tomillo ni mejorana; así transformará él las piezas tomadas de otro, fundiéndolas para hacer con ellas una obra totalmente suya, es decir su juicio: su educación, su trabajo y su estudio no pretenden más que formarlos». Para conseguir esta transformación es fundamental haber comprendido y

²⁷ *Ensayos* 2. 10.

²⁸ *Ensayos* 2. 10.

²⁹ *Ensayos* 2. 10.

asimilado bien lo que se ha leído pues, de lo contrario, «es prueba de ardor de estómago y de indigestión que nos repita la carne cuando nos la hemos tragado. No ha desarrollado el estómago su función si no ha transformado la substancia y la forma de lo que se le ha dado para digerir». Así, como Séneca, Montaigne considera que el objetivo de estas lecturas asimiladas es moral, pues «el beneficio de nuestro estudio es habernos hechos mejores y más sabios con él». Por este motivo, de nuevo como Séneca, Montaigne manifiesta su rechazo al saber memorístico: «Saber de memoria no es saber; es tener lo que se ha dado a la memoria para guardar». En consecuencia, hay que evitar la inútil erudición confeccionada a partir de la lectura de muchos libros. Así, Montaigne exclamará: «Enojoso saber es el saber puramente libresco». El pensador francés, en efecto, compartió con Séneca la idea de que la filosofía debe enseñarnos a vivir y que la formación que deben recibir los jóvenes no debe ser una farragosa acumulación de conocimientos, sino lo necesario para la vida³⁰.

En la misma línea antierudita se situó Nietzsche. Así lo manifestó abiertamente al final de su lección sobre Homero ante sus expectantes colegas en la que apeló a Séneca para proclamar una declaración de un principio que regiría la vida profesional e intelectual del filósofo alemán:

Yo invierto una frase de Séneca:

philosophia facta est quae philologia fuit. (Se ha hecho filosofía lo que fue filología)

Con ello debe quedar manifiesto que toda y cualquier actividad filológica debe estar cercada y albergada por una concepción filosófica del mundo³¹.

Con esta contundente afirmación, aunque Nietzsche reconociera que era consciente de que estaba dándole una vuelta a la tuerca a la afirmación de Séneca, en realidad, también pretendía, paradójicamente, llevar a cabo lo que Séneca pretendía inculcar a Lucilio: que la filosofía enseñara, sobre todo a los jóvenes, a vivir, y no se convirtiera en un juego intelectual para diletantes. En efecto, Séneca formuló su razonamiento de este modo en la carta 108:

³⁰ *Ensayos* 1. 26.

³¹ Nietzsche 1995, p. 76.

Existe algún mal por defecto de los preceptores, que nos enseñan a discutir y no a vivir, esto por un lado, y por otro, por defecto de los discípulos, quienes llevan ante sus profesores el propósito no de cultivar su alma, sino su inteligencia. Y de este modo, lo que fue filosofía, se ha hecho filología (*Itaque quae philosophia fuit facta philologia est*)³².

Resulta evidente que Nietzsche leyó la carta 108 de Séneca con atención y provecho y que, en consecuencia, tomó muy buena nota de las diferencias resaltadas por el filósofo estoico sobre la manera muy distinta que tiene cada uno de leer un texto en función de su formación, intereses y conocimientos. Así, Séneca en esa misma carta destaca de que distinto modo los filólogos, los gramáticos y los filósofos leen e interpretan el mismo texto, pues cada uno de ellos busca, y suele hallar, lo que desea encontrar en el ámbito de sus conocimientos y especialidades. Así lo formuló Séneca en la misma carta:

Tiene mucha importancia la intención con que nos aplicamos a cualquier estudio [...] No debes sorprenderte (sc. Lucilio) de que sobre un mismo tema cada cual deduzca sus conclusiones de acuerdo con sus inclinaciones: en un mismo prado el buey busca el pasto, el perro la liebre y la cigüeña el lagarto. Cuando de un lado el filólogo, de otro el gramático y de otro el filósofo toman en sus manos el tratado *Sobre la República de Cicerón*, cada cual pone su atención en un aspecto diferente [...]³³.

El propio Séneca pone ejemplos prácticos de lecturas diversas de determinados versos de Virgilio y el libro 3 del *De Republica* de Cicerón en función de los distintos intereses que puedan tener los filólogos, los gramáticos y los filósofos. La conclusión es que se puede leer el mismo texto de muchas maneras, entre otras, filológicamente, gramaticalmente o filosóficamente. En este contexto no debe extrañar que también Nietzsche, desde muy joven, practicara una lectura híbrida, filológica y filosófica, que, por su heterodoxia, estaba de entrada llamada a escandalizar a sus ortodoxos colegas. Como declaró Nietzsche en su

³² Sen. *Ep.* 108. 23.

³³ Sen. *Ep.* 108. 24-30.

lección sobre Homero, su ideal, que intentó practicar en sus primeros escritos, era elaborar lecturas filológicas que le condujeran a interpretaciones y conclusiones filosóficas. Creó así un híbrido que le granjeó la hostilidad de los especialistas y estudiosos en filología clásica cuando constataron, con la publicación del *Nacimiento de la Tragedia*, a dónde conducía esa centáurica y explosiva mezcla de filología filosófica. El propio Nietzsche, asombrado por la reacción de los académicos ante los resultados de su experimento, se sintió como una especie de Víctor Frankenstein hasta el punto de confesarle a su querido amigo E. Rohde que tenía la sensación de que estaba pariendo centauros...

Nietzsche entendió, como Séneca, que la formación que recibimos y las lecturas que realizamos deben formarnos como individuos y garantizar nuestra creatividad e independencia personal. El espíritu senequiano, antierudito y defensor de la lectura transformadora y creativa, tuvo su nítido reflejo en Nietzsche, como ya lo había tenido en Montaigne. Sus feroces críticas a los eruditos, muchas de ellas dirigidas a sus colegas filólogos, son bien conocidas. Basten unos pocos pasajes para recordar también la opinión de Nietzsche. Contra los doctos, por ejemplo, se expresó del siguiente modo:

Al repasar la historia de la filología llama la atención qué pocos hombres realmente dotados han tomado parte en ella. Entre los más famosos los hay que han arruinado su inteligencia a fuerza de *polymathia*, y entre los más inteligentes los que no supieron utilizar su inteligencia más que para colar mosquitos. Es una triste historia, creo que ninguna ciencia es tan pobre en talentos. Son los paralíticos de espíritu que han encontrado su manía en la minuciosidad de las palabras³⁴.

Nietzsche, al mencionar la palabra *polymathia* aludía directamente al fragmento de Heráclito que ya hemos mencionado y en el que el filósofo de Éfeso proclamó que la posesión de muchos conocimientos no proporciona inteligencia, idea de la que, como ya hemos visto, participó Séneca activamente.

Asimismo, al afirmar que esos filólogos eruditos utilizan su inteligencia para «colar mosquitos», reproducía la crítica de Séneca en la carta 106. 12 de que gastamos nuestra

³⁴ Nietzsche 2005, p. 255.

agudeza en disquisiciones superfluas (*in supervacuis subtilitas teritur*) y que, para una mente sana, basta con poca erudición, pues esta sirve de muy poco a la hora de aplicarla a la vida. Así, en la misma línea que el pensamiento de Séneca, Nietzsche consideraba que primero se es hombre y luego filólogo:

Esta es la antinomia de la filología: que de hecho siempre se ha comprendido la Antigüedad únicamente desde el presente -y ¿no se tiene en cambio que comprender el presente desde la Antigüedad? [...] De esta forma la vivencia es ciertamente la presuposición incondicional de un filólogo- lo que quiere decir: *primero se es hombre, y sólo después se será fecundo como filólogo*³⁵.

Para Nietzsche, como para Séneca, debe primar en el filólogo el aspecto humano. Eso significa que debe huir de las minucias y los detalles insignificantes para adentrarse en la universalidad de los temas y de los conceptos. Por este motivo el filólogo debe estudiar filosofía, para que se cumpla su deseo expresado en su lección sobre Homero de que la filología se transforme en filosofía:

Cuando el filólogo ha justificado con razones su instinto de clasicismo, le está permitido entrar en los hechos aislados sin miedo a perder el hilo. Justo en esto, la filología es tan peligrosa, y resulta tan fácil quedar prisionero de los detalles, mientras que el espíritu filosófico generalizador recibe del hecho aislado más pequeño luz de todos los lados. El filólogo debe, pues, ejercerse, ante todo, en la universalidad, considerar las cosas con seriedad y amplitud y liberarse a sí mismo de lo que tiende a aprisionarle. Por eso debe estudiar filosofía³⁶.

Cabe recordar que Nietzsche, como también Séneca, mostró su preocupación ante las consecuencias pedagógicas que comportaba en la formación de los jóvenes en las escuelas la

³⁵ Nietzsche 2005, p. 154.

³⁶ Nietzsche 1999, p. 272.

enseñanza de una filología técnica y despersonalizada la cual, desde su más tierna infancia, busca especializarlos en nimiedades. Frente a esta prematura profesionalización de la filología, Nietzsche sugiere que lo que deben hacer los profesores actuales es transmitir a sus discípulos el placer por la lectura:

Me parece que los profesores actuales tratan a sus escolares con un método tan genético y tan histórico, que en definitiva lo que saldrá de todo eso, en el mejor de los casos serán otros pequeños estudiosos de sánscrito, u otros brillantes diablillos en busca de etimologías, u otros desenfrenados inventores de conjeturas, sin que, a pesar de todo, ninguno de ellos esté en condiciones de leer por placer, como hacemos nosotros los viejos, su Platón o su Tácito³⁷.

Para Nietzsche, el objetivo principal de la lectura placentera es que, como había propugnado Séneca, las lecturas sean asimiladas y se transformen en la propia carne sangre y sangre del lector:

En la lectura, el individuo pone a prueba su originalidad y la profundidad de sus presupuestos generales. Es importante saber, en efecto, si lo que lee se transforma en carne y sangre suyas³⁸.

Este es el único modo de leer a los autores clásicos, con la firme voluntad de incorporarlos como si fueran alimentos que deben ser digeridos y transformados en pensamientos propios. Para conseguirlo, como ya había advertido Séneca, nada más nocivo y perjudicial que la artificial y erudita recopilación de datos, la *polymathia* que, tal como sostenía Heráclito, no contribuye en nada a crear inteligencia. El conocimiento no asimilado es, para Nietzsche, como una bala de plomo en el cuerpo:

³⁷ Nietzsche 2000a, p. 103.

³⁸ Nietzsche 1999, p. 291.

Lo mejor es que cada uno sienta una inclinación individual para abordar la Antigüedad [...] Lo principal siempre es que exista una necesidad de aprender y experimentar algo. Lo que se descubre y recopila de modo artificial permanece muerto, o sea, no se combina con un corazón productivo ni se convierte en carne y sangre, sino que pesa sobre el individuo y le perjudica: son como bala de plomo en el cuerpo³⁹.

Nietzsche, incluso, explicó el método que debe seguirse para conseguir apropiarse de las lecturas que realizamos de los textos. En una demostración ejemplar de que él mismo se aplicaba esa metodología que ya había sido anticipada por Séneca y que básicamente consistía en evitar la lectura múltiple y dispersa para concentrarse en unos pocos y seleccionados textos:

Non multa sed multum (no muchas cosas, sino mucho) [...] Para lo cual resulta útil elegir, para la propia formación metodológica, un texto de dimensiones limitadas y trabajarlo a fondo y en detalle por uno mismo hasta hacerlo propiedad personal. [...] Es absolutamente necesario siempre tomar notas y hacer fichas, y anotar, no tanto párrafos de texto, sino las ideas que nos vienen y que es difícil volver a encontrar una vez perdidas. Leer frecuentemente un mismo texto es mucho más importante que hacer lecturas múltiples y divergentes⁴⁰.

En su concepción de la lectura, Nietzsche fue tan clásico y original como consecuente con lo que habían proclamado los grandes autores latinos hasta el punto de, a partir de ellos, haber conformado su propia teoría de que el objetivo de la verdadera filología es propiciar el arte de leer bien:

³⁹ Nietzsche 1999, p. 285.

⁴⁰ Nietzsche 1999, pp. 279-280, 289.

Por filología debe entenderse aquí, en un sentido muy general, el arte de leer bien, el poder leer hechos sin falsearlos con interpretaciones, sin perder, por afán de comprender, la precaución, la paciencia, la sutileza⁴¹.

La paciencia lectora define al verdadero filólogo que domina el arte de leer bien y que es definido por Nietzsche como el «maestro de la lectura lenta», lentitud que, por cierto, exige también la digestión de los alimentos para poder asimilarlos con provecho. De este modo, Nietzsche se convierte, frente a las prisas y el frenesí, el *stress*, en un defensor de la lentitud, *slow*, tan reivindicada en la actualidad:

No en vano he sido filólogo, tal vez lo sea todavía. «Filólogo» quiere decir maestro de la lectura lenta -quien lo es acaba escribiendo también con lentitud. No escribir más que aquello que pueda sumir en la desesperación a los hombres que «tienen prisa», es algo que supone mi gusto -¿acaso un gusto malvado? La filología es, efectivamente, un arte venerable que exige ante todo a sus admiradores que se mantengan al margen, que se tomen tiempo, que se vuelvan silenciosos y pausados. Es un arte de pericia y orfebrería con la palabra, un arte que no es sino un trabajo sutil y delicado, y en el que no se logra nada si no se consigue de un modo lento. Precisamente por ello es hoy más necesaria que nunca: precisamente por eso nos atrae y encanta tanto en una época de «trabajo», quiero decir, de prisa, caracterizada por esa precipitación indecente y sudorosa que pretende «acabar» todo enseguida, también con cualquier libro, viejo o nuevo -este arte al que me refiero no logra acabar fácilmente nada: enseña a leer *bien*, a saber, despacio, profundamente, en detalle, con doble intención, con buena predisposición, con ojos y dedos delicados [...] Pacientes amigos míos, este libro (sc. *Aurora*) no aspira a otra cosa que a tener lectores perfectos y filólogos. ¡Aprended, pues, a leerme bien!⁴².

⁴¹ Nietzsche 1982, p. 52

⁴² Nietzsche 2000, pp. 63-64.

El propio Nietzsche exigía ser leído del mismo modo como él mismo creía que había que practicar la filología entendida como el arte de leer bien, siguiendo los sabios preceptos de los reputados autores de la Antigüedad, entre ellos muy principalmente Séneca: con tranquilidad, paciencia, lentitud, concentración e intensidad. Así, en el prefacio de su libro *Sobre el porvenir de nuestras escuelas* Nietzsche anuncia:

Este libro va destinado a lectores tranquilos, a hombres que todavía no se dejen arrastrar por la prisa vertiginosa de nuestra rimbombante época, y que todavía no experimenten un placer idólatra al verse machacados por sus ruedas [...] o sea, a ¡pocos hombres!⁴³.

De este modo, los principios senequianos marcaron a autores tan novedosos en su estilo y manera de pensar como Montaigne y Nietzsche. En este sentido cabe reivindicar de nuevo a Séneca como «abuelo» intelectual de la modernidad. Un autor, en cualquier caso, que se debe tener muy presente en esta época que se autoproclama postmoderna y en la que, frente al frenesí mediático, informático y digital se hace más necesaria que nunca la lectura *senequiana*, es decir la lectura inteligente, reflexiva pausada, concentrada y creativa.

Bibliografía

Aguilera, S. 2018: *Discurso acerca del todo*, Santiago de Chile.

Bacon, F. *Novum Organum*.

Casadesús, F. 1997: «Citas epicúreas en las epístolas morales de Séneca», en Rodríguez-Pantoja, M. (ed.), *Séneca, dos mil años después. Actas del Congreso Internacional conmemorativo del Bimilenario de su nacimiento*, Córdoba, pp. 541-549.

De Lacy, Ph. 1948: «Stoic views of poetry», *American Journal of Philology* 69.

Nietzsche, F. 1982: *Anticristo*, Madrid.

Nietzsche, F. 1995: *Homero y la filología clásica*, Madrid.

Nietzsche, F. 1999: *Cómo se llega a ser filólogo*, Madrid.

⁴³ Nietzsche 2000a, p. 28.

Nietzsche, F. 2000: *Aurora*, Madrid, 2000.

Nietzsche, F. 2000a: *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, Barcelona.

Nietzsche, F. 2005: *Nosotros los filólogos*, Madrid, 2005.